

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO

DE LITERATURA, ARTES, CIENCIAS Y NOTICIAS.

REVISTA DE LA SEMANA.

ALBUM DE EL MADRILEÑO.

SUMARIO.

Estadística criminal—Cosas del tiempo—Proyectos de hermoseo de población—Premios de Madama Lagrange y del tenor Bettini—Teatros.



a semana pasada nos ha dejado impresio-

nes lúgubres.

Sentimos en el alma tener que ocuparnos del crimen: ofrece por cierto atractivos bien desgarradores.

Sin embargo, hay quien se estremece de júbilo leyendo crímenes: he aquí una cuestión de gusto, que sometemos al examen curioso de los frenólogos.

Existen algunos seres que se arroban de placer percibiendo los malos olores. ¿Qué extraño pues, que el estrago del corazón, haya llegado hasta el extremo de encontrar delicias en las perspectivas del crimen?

El crimen! No parece sino que cruza ahora envuelto en su negro sudario por las calles de esta adorable colmena.

Si estará de moda el crimen?

¿Qué extraño, pues, que si otras cien puerilidades extravagantes son moneda corriente en nuestra sociedad, el engendro del crimen se haya convertido en artículo de moda?

Indudablemente, ni en las praderas del Canadá se ofrecen espectáculos como los que hemos tenido en la pasada septena.

Será cosa de que influyan en el desarrollo del crimen las variaciones de la temperatura, ó alguna constelación maléfica que pese sobre nosotros?

Si así fuera, los tiempos actuales se llegarían á inmortalizar de una manera encantadora.

Hace pocos días que cruzaban dos amigos por la calle de Alcalá, conversando íntimamente.

Súbito como el relámpago se abalanzó uno de ellos navaja en mano al otro, y le dió de puñaladas. Oh! los amigos... Victoriano Sardo no incluyó en su lista el gé-

nero de estos íntimos, que oprimiendo nuestra mano, pueden escondernos un puñal en el corazón graciosamente.

En la calle de Leganitos penetró un hombre hasta la alcoba de un moribundo, le puso el cañon de una pistola en la frente, y le robó 5,000 duros que poseía.

Como se vé, el ladrón tuvo caridad; se conformó con ofrecerle aquella especie de Estremaucion, que sin duda debió acelerar sus últimos momentos.

El miércoles se encontró muerta en una casa de la Corredera Baja, á la esposa de un empleado del Monte de Piedad.

Parece ser que cuando este regresó de la oficina se encontró la casa robada, y el cadáver de la infeliz esposa.

Tambien el miércoles se suicidó un jóven en la calle de Alcalá.

Es inmenso el turbion de crímenes que se ha desplomado por todas partes.

¿Si estaremos cruzando una edad apocalíptica?

¿Si el astrónomo alemán que predijo el fin del mundo se saldrá con la suya, unos años antes ó despues?

En casi toda España se estan elevando los pavorosos brazos del patíbulo, para castigar delincuentes.

El jueves dió principio la vista pública de la causa seguida en el juzgado de la Universidad sobre el asesinato verificado en la calle de la Justa, en la persona de doña Carlota Pereira, por Eugenio Lopez Montero, instrumento pagado por D. Gerónimo Gener, siendo cómplices Ramon Granados y D. Joaquin Fornovi y Rivas.

El acusador público ha podido para el primero la pena capital: para D. Gerónimo y demas cómplices la presencia de la ejecucion con argolla de hierro y cadena perpétua.

Estremecidos ante la horrorosa perspectiva que el crimen nos ofrece por todas partes, apenas tenemos aliento para respirar, creyendo ver la sombra del asesino confundida á todas horas con la nuestra.

El carnaval termina rodeado de lóbregas nubes. Sin embargo, no por eso nos ha negado absolutamente sus deliciosos espectáculos.

Y por cierto que son adorables, si se coloca á su espalda la magnífica escolta de crímenes que hemos referido.

Bueno es que los ecos alegres de las estudiantinas, borren de nuestro ánimo las impresiones de horror que se habian apoderado de él.

Inspirados por una alegría furiosa, prometemos arrojar dos cuartos envueltos en un papel á todas las pandillas, que ejecuten un solo de jota debajo de nuestros balcones.

El sexo débil está de pésame con el término fugitivo del carnaval.

¡Cuántas ilusiones no se enterrarán con el cadáver de la sardina.

Estamos seguros de que estos tres últimos días serán aprovechados encantadoramente por el bello sexo, condenado despues á las vigiliás austeras de la cuaresma.

Es muy justo: la continencia de todo un año bien merece la recompensa de un mes de piruetas.

Oh! no se quejarán los cosecheros de Valdepeñas del consumo de estos días.

Y por cierto que lo aplaudimos: el morupio es la libertad dentro del individuo.

Parece que el Ayuntamiento piensa ensanchar la plazuela de Santa Ana: ¡cuánto lo sentirán las palomas de las pajareras!

Se proyecta formar en este sitio un jardín: es un pensamiento bellísimo, con permiso de la calle de Toledo, que como mas prosaica, continuará siendo un pantano.

En la plazuela de Isabel II se siguen estudiando prácticamente las leyes del flujo y reflujo.

Nuestro querido amigo el presbítero Sr. D. Miguel Sanchez, ha pronunciado su segundo discurso en el Ateneo científico de esta corte.

El Sr. Sanchez ha demostrado que posee profundos conocimientos de la historia y de la teología; pero sus dotes oratorias no reúnen esas condiciones apreciables de la elocuencia, que conmueven y persuaden.

De todos modos, el Sr. Sanchez tiene una imaginación fecunda, un estilo galano, y sobre todo, se sabe espresar con un fervor poco común: le falta simplemente coordinar y prestar unidad á las formas y al conjunto, para obtener triunfos lisonjeros.

El congreso ha regalado una rica pulsera á madama Lagrange, y un alfiler al tenor Sr. Retini, los cuales se habían negado á recibir cantidad alguna en pago de su asistencia al coro, en el día de los funerales del Excmo. Sr. Martínez de la Rosa.

Aplaudimos este acto de galantería por parte de los dignos representantes del país.

Madama Lagrange excede á las esperanzas de cuantos acuden á admirarla en la escena.

Cada día recoge nuevos y mayores triunfos.

En la *Sonimbula* arrancó varias veces espontáneos y prolongados aplausos de todos los espectadores, que al oírse se creían remontados á regiones desconocidas.

También nuestro compatriota el Sr. Carrion, demuestra cada día mas sus grandes cualidades de artista, y no dudamos llegará á ser una de las glorias de la ópera italiana.

En cambio Mr. Bagier, conspirando siempre contra todo lo bueno, se hace cada vez mas notable por su mal gusto: ahora ha puesto en escena las *Vísperas Sicilianas*.

Hemos asistido en Variedades al estreno de un

drama en prosa, original del Sr. Carrasco de Molina, cuyo título es *La última pincelada*.

Es obra de escasisimo interés, lánguida, pesada, fria, de lenguaje incorrecto, y de situaciones forzadas.

Desde el primer acto se conoce el desenlace á todas luces, revelándole el autor pesadamente en todas las escenas y en los mas ínfimos detalles.

Parece ser que esta obra ha sido inspirada por el cuadro del Sr. Esquivel, premiado en la exposición, y en honor de la verdad, podemos asegurar que es de tan poco mérito como el cuadro en cuestión.

Los esfuerzos del Sr. Romea, especialmente en el acto tercero, la salvaron del naufragio: el público la ha recibido con soberana frialdad.

La monotonía de estar viendo siempre llorar á los actores en la escena, y los triviales recursos empleados para preparar las situaciones, oscurecían completamente los efectos.

Ninguno de los actores estuvo en carácter.

El Sr. Romea tuvo un momento felicísimo que arrancó espontáneos aplausos, tributados á él exclusivamente.

Al final de la obra se presentó el autor en el palco escénico, llamado por una *claque* respetable.

En el *Príncipe* se está ensayando para el beneficio del Sr. Pizarroso una tragedia en verso arreglada por el Sr. Diaz, con el título de *Gabriela de Vergi*.

Ya daremos cuenta de ella á nuestros lectores.

En el *Circo* continúan las representaciones de la zarzuela *Harry el diablo*, estrenada en el beneficio del tenor Grau.

Aunque el beneficiado abra en ella la boca un poco mas de lo de costumbre, esforzándose por dar tensión á la voz, que si Dios no lo remedia se va á confundir con el chillido insoportable del loro, la obra no merece la seriedad de la crítica, porque tiene un desinterés encantador en alto grado.

Es lástima que el Sr. Pastorfido ocupe sus excelentes facultades en puerilidades semejantes.

La música no tiene ni originalidad ni armonía: se compone de retazos inconexos, que recuerdan las formas de algunos cadáveres.

En la próxima revista daremos cuenta á nuestros lectores del estreno de una zarzuela en tres actos del Sr. Ayala, autor del *Tanto por ciento*.

Hoy no lo hacemos por falta de espacio.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

SECCION CIENTIFICA.

ESTUDIOS MORALES Y POLITICOS.

ORIGEN DE ALGUNOS ABUSOS.

La mujer está encadenada á la ley del matrimonio mientras viva su marido.

(S. Pablo, ad Corintios VII.)

En el mundo moderno corre en boga un abuso que nos lleva mas allá de los tiempos de barbarie: se denomina ma-

rimonio de especulación y nosotros diremos mejor crimen de lesa humanidad.

He ahí la obra del pseudo-filósofo continuada por el dramaturgo y el gacelillero, reformadores de nuestras costumbres: he ahí el estremo de nuestras luchas estériles contra el catolicismo. A pretexto de interpretar el Evangelio hemos hecho de él vil irrisión; y á semejanza de los Césares del bajo Imperio nos tributamos una ovación á cada dervota; queriendo eludir esa *non licet*, intérprete verdadero de la ley eterna que preside la vida de la naturaleza, hemos descendido al caos de las laltudes mas pavorosas.

Por sistema hemos levantado cismas, por sistema nos hemos dividido en sectas, por sistema hemos elaborado esa panacea babilónica de escuelas, donde Pascal ó cualquiera otro moderno pensador se han creado el mismo culto que Pitágoras y Aristóteles en la antigüedad: los mas furibundos partidarios de la *razon* no han podido desprnderse todavía de su *magister dixit*, prueba de lo acomodaticias que son sus teorías á todos los predicamentos.

Por sistema tambien hemos traído á la discusion el caracter divino del matrimonio, y por sistema se ha sancionado en muchas naciones Europeas el *contrato*, ese matrimonio vergonzante, especie de subasta presidida por un magistrado, donde se ratiocina fríamente sobre cuestiones de maravadeses, como pudiera ratiocinarse sobre la mejor conveniencia moral.

¡Así hemos convertido una institucion tan santa, tan grandiosa, en una trata tan abyecta, tan repugnante!

¿Y qué nos ha quedado? Ya no tiene el matrimonio sus encantos; ya le despojásteis de sus aromas divinos: ya es una cosa innoble que ofrece un Infierno en perspectiva; pero ¿qué os resta?

Analizadlo bien que á todos nos toca de cerca, que á nuestra sociedad tambien atañe, pues que si en ella implantamos leyes de otros países, implantamos sus costumbres, decorándolas con el título de moda reinante, que se transforma en moneda corriente.

Después de esas tratas de blancos, horror y vergüenza de los tiempos cultos, solo quedan el deshonor, el envilecimiento, el crimen, la pérdida completa de la tradicion de la familia: esposos que abandonan á la esposa para encañagarse en los pantanos del vicio; mujeres que rozan su frente con el hálito de los amores ilícitos, para concluir manchando su tálamo nupcial con el hedor infame del adulterio, madres que se emancipan de los deberes de la educación de la familia; padres duros y desapiadados que entregan sus hijos á merced del ayo, que los deprava: familias errantes, oprobio, separadas, agoviadas por un estigma de víctimas de su espantosa ceguera.

Y á estos matrimonios á *perfecta vicenda*, á estos semilleros de miseria pedimos un solo beneficio, les encomendamos la noble tarea de cooperar á nuestro progreso, les entregamos en depósito nuestra civilizacion para que la perpetúen, la civilizacion que repruaba sus torpes delitos!.. Ah! no: nuestras falanges de celibatos con su gracia chispeante, con su corazón indiferente que no se estremece sino al eco del oro, de la especulación y de la trata: nuestra ju-

ventad de modernos *sprist-furst*, decrepita en su edad prematura, caduca en su ardiente primavera, sedienta de oro y goces, y helada en flor por la mano infame del vicio, no son por cierto los tipos que convienen al padre de familia, son el frío diseño de la humanidad degradada, estátua sin alma que discute sordidamente, que calcula á sangre fria, que mide los afectos por una conveniencia detestable, que no tiene una lágrima de conmiseracion para la desgracia, que no se espanta del amor ilícito, del adulterio, del deshonor, del oprobio! Doloroso estremo! tantos padres sacrificando la felicidad de sus hijos por un puñado de oro! tantos séras víctimas de la vanidad! tanto crimen á la faz del siglo XIX!

Padre desventurado! quéjaste de la suerte de tu pobre hija depravada, perdida, despreciada por el malvado que por irrisión la dió el título de esposa, y tu fuiste el que la llevaste adornada de rosas al sacrificio, tú, misero esclavo de la vana gloria, te atreviste á vender su corazón, creyendo comprar su felicidad con un necio título ó una opulencia fastuosa; tú la entregaste en brazos del monstruo que la recibió como á una bella víctima, que formó de ella un ídolo para el halago de sus pasiones desordenadas, ídolo cuyo reinado se evaporó en dos dias, porque fué degradado, envilecido, marchitado, derribado del altar de las adoraciones al lado del estercolero, condenado á una existencia de lágrimas, á una vida estéril, amarga, triste privilegio del error que tardíamente se reconoce!

Y tú, desdichada esposa, quéjaste de tu suerte infeliz, quéjaste del suplicio que te rodea, quéjaste de la conducta del hombre que te martiriza; pero ¿no fuiste tú la que le eligió para compañero, enamorada de su céntrica belleza ó de su crecido peculio? Hoy estás arrepentida: el que te cubrió de oropetes descoloridos, el que te rodeó de una muelle nube de lujo y de opulencia, te despoja de tus joyas, te desnuda del aparato, y transformada de nuevo, ya no te quiere, ya le eres despreciable, ya se ha causado y te relega, te abandona; eres una hermosa víctima y nada más; en vano lloras, tus lágrimas le inspiran tedio, ya que no regocijo y huye para no ver derramarlas: la mesa, el juego, la orgía; el club, la disipacion en una palabra le llaman de continuo: destruyó tu blanca corona de pudor y ya le repugna; te coloca al nivel de sus oridas y acaso le humilla ante ellas! Misero destino; la venganza se anidará en tu corazón para morderte como un ave de luto: concluirás por aborrecer á tu marido, por maldecirle en el acceso de tu desesperacion, y acaso ciega, te precipitarás en brazos del crimen; serás adúltera y devorarás en eterno pervigilio el dolor que produce el hierro acerado del remordimiento!

Ah! qué espantoso presente, qué incierto porvenir! buscad el origen y le hallareis: habeis violado el carácter divino del matrimonio; habeis encadenado la libertad del corazón, y quereis luego proclamarla cuando ya no tiene remedio, cuando la naturaleza pronuncia su terrible *non licet*: os escucháis tras de ese idilio liviano que os canta el novelista para fascinaros; pero ya lo veis, ese idilio es un padron de crímenes.

¡Ved, ved el sistema de nuestros modernos crecos; un

sistema abyecto, antirracional que escapa todo lo que engrandece al hombre, que para honrar á la moda ó introducir la novedad copia las formas de todos los países, se crea las costumbres desatentadas y falta á la humanidad, condenando al escarnio su excelencia. Analizad ese sistema que empieza adoptando el refinamiento parisiense y concluye á lo turco, rodeándose de la molición de Constantinopla y del Cairo. Hay entre nosotros gentes que se casan por un retrato, por la simple enumeración de los detalles seductores de una excelente legítima! El espectáculo no deja de ser magnífico (Un cangeo de títulos de propiedad, constituyendo el vínculo eterno del corazón)

Y no se crea que esas gentes son raras entre nosotros: hay ya una moda que autoriza esta barbarie: hay la sanción completa de las costumbres; hay la multiplicidad del hecho que la generaliza. Y nuestra civilización, nuestros esfuerzos de tantos siglos, nuestro progreso, transigen con ese crimen indefinido, con esa libertad ilimitada que nos postra á las plantas del ídolo vil de la ceguera! ¿Como hemos de hacer depender nuestra ley de perfectibilidad de la perfección de esas familias que caminan á nuestra espalda, y de quien nos separan los siglos?

Analizad, analizad, buscad esos matrimonios que son moneda corriente, que están á la orden del día. Uno de los consortes toma los aires de San Petersburgo, y el otro distrae el fastidio en Londres: han vivido en unión perfecta una docena de días: una ordenanza de ceremonias, de etiquetas ridiculas, les roba la dulce fraternidad que constituye el alma del vínculo: la familia (pobre planta sin savia ni verdor!) la familia carece de unidad, no tiene un día de encanto, de gloria, de dicha: está partida, separada como la arena del desierto: los hermanos apenas se han abrazado: el hijo está separado del padre desde su nacimiento; la madre no le ha nutrido con el néctar de sus pechos, ni ha regalado su cuna con un sonido armonioso: la tarea de la educación, siempre en manos mercenarias, siempre lejos de la influencia de la cara paterna, siempre á disposición de un ente extraño y asalariado, como si con el puñado de oro que se le dá, pudiera comprarse su amor, el amor que reclama un tierno niño, huérfano en su opulencia, que deplora en la infancia el triste abandono de su padre cruel y desnaturalizado; de una madre bastarda y despiadada!

También en esto la violación del carácter divino del matrimonio.

Ahí lejos de nosotros ese cuadro pavoroso: el tiempo de la verdad no puede consentir esos crímenes para cuya reprobación no hay palabras en ningún idioma.

Aberración lamentable! Y que todavía aplaudamos en los teatros la reproducción de esa escena social, de esa trata bárbara, que nos degrada que nos usurpa el bien de la civilización! Pedimos virtudes á la mujer, y la depravamos, la perdemos, la empujamos al abismo de nuestra codicia, fomentando su ceguera al pie de las magnificencias, habilitándole para el crimen con el aprendizaje de nuestros crímenes, ó por el odio que la inspira nuestro hastío prematuro. ¡Que responsabilidad tan inmensa para nosotros!

Tiempo es ya de verdad: restablezcamos el matrimonio en toda la plenitud augusta de su carácter divino: edu-

quemos á la mujer para sus fines, para su objeto, para su excelencia: ilustrémosla para que por sí misma haga su elección de consorte, inspirada por el verdadero, por el único amor, por el que se nutre de la moral del tipo perfecto de lo bello: eduquemos á la mujer por el amor, y sus benéficas inspiraciones nos limpiarán de la podredumbre que nos corre.

Salvemos á tantos millones de seres de la desdicha que los abruma: esta obra no necesita siglos, se realiza como por milagro: empezará su misión la mujer: fecundará nuestro corazón con su ternura: nos transmitirá el aroma de sus elevados sentimientos; y la planta viva de las generaciones arrojará tallos y flores siempre lozanos y siempre bellos. La felicidad humana no será entonces un logogrifo; una auto-día, una estéril teoría: tendrá realización porque empezará para nosotros la vida del alma.

Madrid 27 de febrero de 1862.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

LITERATURA.

Insertamos con el mayor placer la siguiente sentida poesía de la señora doña Faustina Saez de Melgar, que sabe imprimir en todas sus obras la delicadeza superior de una inspiración galana, que revela no solo el extro soberano de un alma que sabe sentir, sino la ternura de la esposa y de la madre, cuya frente se inflama de número al pie de la cuna de sus hijos.

LA ESPERANZA.

¿Quién es esa deidad encantadora,
Que dulce, halagadora,
El corazón inunda de consuelo,
Y hermosa y refulgente
Inspira á nuestra mente
Ilusiones de amor y aleja el duelo?

¿Quién es? ¿La conocéis? ¿Su faz donosa,
Brillante, vaporosa,
Nunca admirado habeis, amigos míos?
¿Nunca su planta bella,
Persiguió vuestra huella
En los valles do mora ó en los ríos?

Yo la juzgo un arcángel peregrino,
Que el contrario destino
Del humano mortal vela propicio
Si abatido le mira
Con su favor le inspira,
Consoladora y mágica delicia.

Ella, do quier está, siempre animando,
Dulce consuelo dando
Y prometiendo amor, gloria y riqueza;
Es fuente inagotable

Con raudal inefable,
De tesoro sin fin y de belleza.

Se la mira en las chozas y palacios,
En los aéreos espacios;
Ya sobre el mar, ó en apartada zona,
Al mendigo halagando,
Y también adulando.
Al que ciñe á su sien una corona.

Siente el orbe su influjo poderoso,
Indefinible, hermoso;
Y en diversas y puras emociones,
La rinden homenaje,
Y en fuerte vasallaje
Esclaviza á sus pies los corazones.

Es preciso adorarla. Yo de niña
Corriendo en la campiña,
Trás de un insecto de matiz dorado,
La contemplé en el rio,
Y dejó el pecho mio
Con su brillante luz enamorado.

Desde entonces la amé; corri tras ella,
Y su argentada hue la
Mas me seduce cuanto mas la miro;
Que esa deidad hermosa
Píngiome venturosa
La encantada ilusion porque deliro.

Ella es el alma de la vida mia,
Y con grata alegría
Un porvenir me muestra en lontananza.
Ora dulce, halagüeno,
Ya plácido ó risueño,
De mi existencia el mar siempre en bñanza.

Sueño que sigue en pos de mi destino,
Y en el ráudo camino,
De plácida ilusion miro enlazada
A mi sien, esa bella
Corona que destella
Del génio la fulgente llamarada.

Y qué cres tú! ¡oh! mágica esperanza,
La que allá en lontananza
Prometiome riqueza, gloria, honores;
Tú la que altiva y pura,
Con celestial ternura
Vas á la humanidad prestando flores.

Salve, dulce esperanza, noble y santa;
Si hoy mi lira te canta
Agradecida y con tu amor dichosa,

Tranquila paz en el sepulcro frio.
Es porque siento el alma
Llena de fé, de calma
Y de feliz inspiracion hermosa.

¡Salud por siempre á tí, virgen divina!
Estrella diamantina,
Cuyo fervor y proteccion ansio;
Pues me prometo gloria,
Amor, y no ilusoria

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LAS OFRENDAS DE UNA MADRE.

LEYENDA VASCONGADA.

(Continuacion):

El voluntario oprimió apasionadamente la mano de Blanca.

La infeliz posaba en él sus rasgados ojos preñados de lágrimas de ternura.

—Júrame, Blanca—dijo Antonio—júrame por la memoria de tu madre, por la Virgen Santísima, que no me olvidarás nunca!

—Nunca!—Repitió la pobre niña sollozando.

—Ah! gracias, gracias, baluceó el voluntario estremecido de placer al oír aquel eco argentino que sonaba en sus oídos como una balada de amor—yo volveréleso á tu lado: te llevaré á los altares de Dios: sí, respiraremos un solo ambiente, compartiremos un solo tálamo y una sola tumba, ¿no es eso?

—Ah! sí.

—Bendita seas... pero ese llanto Blanca... esas lágrimas, Dios mio.

—Oh! perdóname, Antonio, perdóname: mi corazón está poseído de una tristeza mortal... una angustia inexplicable me devora el alma... una duda horrible se ceba en mis entrañas cual si fuera el pico de un ave de muerte... dime, bien mio, ¿no es cierto que hay días fatales, horas aciagas en la humana vida, no es cierto?

—Blanca! Blanca!..

—No me interrumpas... déjame... yo no sé por qué me lacera esta separacion... se me figura que no nos hemos de volver á ver mas en este valle del llanto, oh! por eso quiero llorar... quiero llorar y no puedo...

—Confía en Dios, Blanca... Dios nos amparará.

—Yo no dudo... no; pero si tu supieras... mira Antonio; estoy atormentada por un presentimiento infausto, desde que sé que vas á partir... oh! sí: hay momentos en que me figuro que nuestro destino no está entre los dichosos... y por eso... por eso una predileccion fatal [me liga á todo sepulcro, y mi delicia mayor: consiste en buscar en la soledad un recreo cruel, que acrecienta mis dolores!...

—Pero, ¿dudas de Dios, Blanca, dudas de Dios?

—No, no, soy una loca... perdóname Antonio mio, perdóname, ah! ¡qué desgracia! ¿te acuerdas de aquellas pobres azucenas que regábamos los dos en tiempos mas ven-

turosos ¿te acuerdas de aquellas flores queridas?

—Sí, amor mío, sí; pero ¿y á qué viene?..

—Oh! no digas alguna blasfemia... yo leía en la pureza y fragancia de aquellas flores algo que se parecía mucho á nuestros amores... desde el día en que nos vimos por primera vez á orillas del río, desde el día en que este amor que te profesó y que arde en el santuario de mi alma como una lámpara sagrada, se abrió paso hasta mi corazón para hacerle temblar de júbilo y embeleso, desde aquel día no se han marchitado mis pobres flores. ¿Te acuerdas, bien mío, del juramento que hicimos tantas veces en su presencia?

—Sí... me acuerdo: dijimos «como el aroma de estas inocentes azucenas será siempre de puro y de eterno nuestro amor.»

—Eso es... Eso es... pues mira, no parece si no que la Virgen cuidaba de ellas para conservar inmaculada su fragancia... Tú sabes bien que han resistido perennes al rigor del estío y de los furiosos vendabales; nuestro atento las vivificaba, las prestaba ser y lozanía; ¿sabes Antonio lo que ha sucedido ayer á nuestras pobres flores?

—No.

—Pues ven.

Y diciendo esto tomó Blanca de la mano al voluntario, le llevó hácia un plantel elegante circundado de cónce-dé-ras, y le mostró con el índice un precioso florero donde había algunas matas de azucenas lacias. Antonio no pudo menos de lanzar un gemido de dolor.

—Marchitas! —dijo— ¡Se han agostado!

—Sí, repuso Blanca no pudiendo contener las lágrimas que se agolparon á sus ojos—se han agostado... ¡nuestro amor no era eterno!

Y la pobre niña regaba con el rocío de la ternura de su alma, aquellas flores amarillentas y ahiladas que estaban próximas á convertirse en cálida ceniza.

Antonio tembló á su pesar: una incertidumbre horrosa se enroscaba como una víbora en su alma.

—¿Qué tienes? qué tienes?—le preguntó Blanca palideciendo— oh! ¿por qué sufres?

—No sé, Blanca mía—respondió el voluntario—no se por qué me espanta todo esto... te confieso que mi valor desmaya, y que un terror misterioso se ha apoderado de mi corazón.

—Oh! ¿lo ves... lo ves?... Eso mismo me ha sucedido á mí.

—Será una puerilidad; pero estas flores marchitas, representan la muerte de mis esperanzas mas halagüeñas... Ah! ¿por qué este infortunado te halló en mitad de su camino si te estaba negado el bien de hacerte venturosa?

—Calla, calla por piedad...

—Ah! Blanca, Blanca... yo te amo...

—Me amas!..

—Tu has dicho que nuestro amor no es eterno, Blanca, y yo te afirmo en verdad que si no lo fuera, nada en el mundo tendría para mí un solo destello de felicidad. Mira, Blanca; cuando le veo, cuando escucho tu acento amoroso, y puro, me parece que el cielo brilla mas, que las flores se estremecen de júbilo ante mí en las praderas, que tiemblan

de regocijo las alas de los ángeles para revelarme las armonías embelesadoras de un mundo superior, donde todo son luces y perfumes. ¿Qué fuera de mí sin ti? Planta pegada á una tumba, algo podrida arrojada en los muladares del mundo... Ah! Blanca! es imposible que Dios conceda término á un amor como el nuestro: es imposible que haya límites para esta infinita adoración que remata en el cielo, que forma del hombre una criatura sublime, destinada para brillar entre las magnificencias de la inmortalidad. No, no: ese sol radiante, esa lámpara de oro que sirve de ornamento á los cielos, no se apoya con los siglos y menos podría apoyarse el amor que arde en el alma del hombre, este amor rodeado de celestiales encantos que es mas bello, mas puro, mas grande que el sol... no, Blanca, no; nuestro amor será eterno, porque si muero en los combates, peleando por la causa de mi patria, yo te esperaré allá arriba... ¿no es verdad?

Y Antonio señalaba el firmamento con la mano, Blanca le prodigó una mirada radiante, que hizo latir de júbilo el alma del voluntario.

La aurora empezó á teñir de púrpura, y amaranto el diáfano terciopelo de la bóveda celeste.

—Es preciso separarnos—balbuceó Antonio—hoy es el día de la partida, y necesito dar el último beso á mi madre.

Blanca exhaló un gemido de dolor que hubiera podido confundirse con el murmurio de un arroyuelo.

Entonces se oprimió el corazón con ambas manos, esforzándose por alejar de sí una pena opresora, cortó una de las azucenas marchitas del florero, y dándosela á Antonio le dijo:—Toma... conserva esta flor en memoria de mi cariño que te sirva de talisman para preservarte de la desgracia... Aquí quedan sus hermanas que regaré todos los días con mis lágrimas para que alcancen su antigua lozanía... Antonio, tu Blanca te espera al pie de estas flores que tanto amábamos.

El voluntario cubrió de besos la mano de su amada y colocó la flor en su pecho. Adios!.. la dijo—¡Adios!.. ten confianza en la Virgen... ah!.. voy á despedirme también de mi pobre madre... sírvela de ángel custodio, Blanca... recoge sus lágrimas... alivia su infortunio.

—Antonio! Antonio—gritó la infeliz con desesperación suprema—¡detente un instante mas... oh! por la última vez Dios mío... por la última vez.

—Me espera mi madre... debo correr á su lado Blanca—Adios! Adios!.. si muero...

—Si mueres... yo te buscaré en el cielo!..

Antonio y Blanca se prodigaron la última mirada: en aquella mirada iba envuelto todo un poema de amor y de esperanzas. Después no se hablaron mas: Antonio huyó silenciosamente. Blanca se quedó clavada en su sitio como una estatua de piedra.

El voluntario trepó por el muro del jardín y encara maldose en él volvió los ojos hácia Blanca: la pobre niña agitó su blanco pañuelo, y cayó de rodillas elevando sus ojos hácia el firmamento.

—Dios mío! Dios mío!—balbuceó—¡vela! por ese infeliz!

(Se continuará.)

LEANDRO ANGEL HEURRANO.

LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

Calórico central.—Hipótesis volcánica sobre el estado primitivo de la tierra.—Indicacion de algunos terremotos notables.

El calórico es un agente exterior de la materia, y como tal, pudiera considerarse completamente independiente de ella; pero circuyéndola en todas sus partes, las ciencias naturales reconocen distintos manantiales de calor, que no son sino la suma de este fluido en las grandes esferas ó en el resultado de las combinaciones químicas. Nosotros solo vamos á ocuparnos del calórico central, que es uno de los principales manantiales conocidos.

La teoría mas generalmente admitida para explicar el calórico central, y como consecuencia inmediata, el estado interior de la tierra, establece que esta en su primera forma de ser era una esfera en ignición líquida; que despues se fué solidificando en su exterior, efecto del excesivo calor que emitia en el vacío; y últimamente, que hoy despues de varias capas sólidas, se halla todavía en el estado líquido á la temperatura del fuego. El fisico Fourier, razonador tenaz y buen matemático, calculó el tiempo necesario para que el globo terrestre adquiriese la incandescencia de su superficie. Tambien aseguró que el espacio en que se mueve se halla á la temperatura de -40° . De aquí dedujo el por qué no es tan notable la diferencia de temperatura entre las estaciones, los dias y las noches, pues esto se explica fácilmente por la radiacion. Del mismo modo, que la temperatura de los polos es igual á la del espacio, por que se establece entre este y aquellos el equilibrio movable de temperatura, de que habíamos en el artículo del número anterior.

Esta teoría del calórico central no puede sin embargo, ser admitida esclusivamente, porque se oponen á ella nuestro raciocinio y los principios respetables de la creación.

No es una prueba irrevocable de la ignición en el centro de la tierra el que la temperatura se eleve progresivamente segun se profundiza en ella. Las escavaciones mas profundas hechas hasta el día apenas la han penetrado una legua; y esto no basta para establecer una ley general en las ciencias. ¿Quién sabe si esta ley desaparece á mayor profundidad, por disminuir el poder de la radiacion que pudiera producirla?

Tampoco bastan para autorizar este principio la existencia de los volcanes, terremotos, aguas termales, hundimientos, elevaciones y otros fenómenos debidos á la dilatacion y fuerza elástica de los gases, ó á la elevacion súbita de temperatura.

Los volcanes no son otra cosa que unos abortos del centro de la tierra, que vomitan por sus cráteres fuego, lava y hasta sustancias líquidas, llevando en pos de sí la desolacion y la muerte. Es necesario aquí, reconocer la existencia del fuego; pero no puede explicarse muy bien como resultado de una combinacion química natural de materias

combustibles con otra comburente que la inflamé?

En cuanto á los otros fenómenos, debidos todos á la dilatacion de los gases en el interior del globo, los cuales llegan á adquirir una fuerza elástica mayor que la atraccion de la masa térrea, y por lo tanto se abren paso al exterior, no es necesario para explicarlos acudir al fuego central, pues basta la elevada temperatura interior, que desde luego reconocemos. Otro tanto puede decirse de las aguas termales, que aparecen en ciertos puntos á la temperatura superior á la de la atmósfera.

Estos mismos fenómenos se bastan á sí mismos para negar la existencia del fuego central, porque si este existiera, tendrían lugar en los polos como mas próximos al centro de la tierra, y sucede todo lo contrario. ¿Dónde han tenido y tienen siempre lugar los mas terribles terremotos ¿en dónde aparecen los volcanes mas soberbios? En los países intertropicales, efecto sin duda de la influencia solar, y del mas rápido movimiento de rotacion, que es uno de los focos del calor.

Además, si el fuego está constantemente en accion en el centro de la tierra en una actividad mayor que cuantas nosotros conocemos ¿cómo no es mas elevada la temperatura de la superficie, cómo no se establece el equilibrio calorífico, cediendo calor al centro, y adquiriéndolo las capas exteriores? Esta objecion no se destruye con decir que es muy pequeño el poder de la radiacion terrestre; si el globo se compone de seres buenos ó malos conductores del calórico él como el conjunto de estos, si no bueno, tampoco podrá ser mal conductor: tendrá que ser un termino medio. No se le escapó á Fourier esta objecion, y para salir del apuro acudió á la helada temperatura del espacio, diciendo que absorbia cuanto calor emite la tierra. En vano, por mas que esto sea así, los cuerpos que pueblan la superficie terrestre, ¿dejarán de ser intermedios, y por lo tanto dejará de elevarse su temperatura?

Hay otra razon sobre todas las ya anotadas, y es la ley eterna del orden universal, grabada por el supremo artífice en su obra divina. ¿Es posible que esta ley inmutable, que la vemos grabada hasta en la momentánea existencia del infusorio, falte en la historia del globo terrestre? ¿Es posible que la tierra en su origen fuera un globo gaseoso, pues es necesario admitir esto, en la suposicion de que por la descension de temperatura ha llegado al estado sólido, despues líquido, y luego sólido? No sabemos cómo se explicaria la existencia de una masa gaseosa, que tiende á la dispersion, y por lo tanto á su propio aniquilamiento.

A todo esto se añade la contradiccion que existe entre el principio que rebatimos y la historia de la creación. Los que lo defienden, admiten lo que respecto á esta nos dicen las Sagradas Escrituras, y suponen que los dias de la creación son periodos indeterminados de tiempo, necesarios para la formacion sucesiva del universo. Tambien admiten ese orden admirable de los seres, que fueron apareciendo con las condiciones exteriores de la naturaleza necesarias á su organizacion. De aquí se desprende que el hombre existió no bien fueron las necesidades de su vida física. ¿Cómo, pues, no apareció el primer hombre en algunos de los polos, que fueron los primeros puntos del globo habitables, y no

en el centro de la zona tórrida en los países cálidos del Asia? Porque la tierra es preciso suponer que fué siempre en su esencia lo que es hoy; y que el calorico central fué tambien con pocas diferencias lo que es en la actualidad.

(Se concluirá).

GREGORIO BERLAINEZ.

CRONICA NACIONAL Y ESTRANGERA.

Ha ocurrido en Nueva-York un gran incendio que ha devorado muchos edificios, causando pérdidas de 200,000 pesos fuertes. Además ocurrieron el 21 de enero otros en Montreal y Ottawa, Canadá, que destruyeron propiedades por valor de 200,000 duros; el 23 otro en Nueva Orleans, produciendo una pérdida de 105,000; el mismo día hubo otro en Charleston, que pudo haber sido tan desastroso como el del mes pasado; el 27 otro en Boston, que destruyó un mercado y varios edificios, causando pérdidas por valor de 150,000, y por fin, el 29 otro en Buffalo, que redujo á cenizas un hotel y otro edificio, calculándose las pérdidas en 25,000 pesos fuertes.

Burnside se apoderó de las islas Romanoka, despues de un largo combate, en que hubo de cada parte miles de heridos y muertos. Dícese que los heridos ascienden á 5,000. Los federales adelantan hácia la villa de Elisabeth que ha sido evacuada y quemada. El discurso del Emperador de Francia ha sido bien acogido, causando una impresion favorable en los fondos. Los confederados adelantan. Los únicos obstáculos que se oponen á la marcha de Burnside sobre Norfolk; son las enfermedades y los pantanos. Pánico en Baltimore y Norfolk.

La expedicion de Burnside destruyó completamente la flota confederada en Roanoke. Las pérdidas de ambas partes han sido inmensas. Elisabeth City, tomada por la expedicion, fué completamente quemada. Los federales se apoderaron del puente que atraviesa el rio Tennesse, y cortaron tambien la comunicacion principal entre Memphis y Colenubus. Circulan rumores de que los confederados han evacuado á Bowlinggreen.

Nos dicen de Lisboa que ha sido aceptada la dimision del ministro de Fomento, encargándose interinamente el marqués de Loulé. Asegúrase que serán nombrados nuevos pares para consolidar la situacion.

La carta de Montauban suplicando al Emperador de los franceses que retire el proyecto de recompensas nacionales, y que es causa de oposicion entre los diputados, ha motivado una carta del emperador, por la cual rehusa retirar el proyecto. El Cuerpo legislativo, —dice,— puede hallar indigna la recompensa excepcional al heróico jefe y á los soldados: pero yo deseo que el pais y el ejército sepan que he querido honrar por un don nacional, empresas sin ejemplo.

El príncipe Napoleon, en el discurso que ha pronun-

ciado en el Senado, dijo que el Imperio es la expresion de la revolucion, y ha pedido libertad para la prensa. Hay gran agitacion en el Senado.

El gobierno del emperador ha creído deber pedir esplicaciones á Roma sobre la carta del cardinal prefecto de concilio convocando á todos los obispos de la cristiandad para la ceremonia de la canonizacion de varios mártires. Habianse hecho necesarias estas esplicaciones, porque la carta de convocatoria se habia publicado en Francia sin haberse préviamente comunicado al gobierno.

El cardinal Antonelli ha contestado que la carta circular dirigida á los obispos era no mas una invitacion benévola, sin carácter ninguno obligatorio y una solemnidad puramente religiosa. En tal estado las cosas, el gobierno ha manifestado el pensamiento de que los obispos no deben abandonar sus diócesis y pedir autorizacion para salir del imperio, sino solamente en el caso de que graves intereses diocesanos les obligaran á ir á Roma.

Las correspondencias de Viena nos aseguran que el gabinete austriaco se ha decidido á tomar una actitud clara y liberal en el conflicto de la Hesse. Por orden de Francisco José el conde de Rechberg ha instado al lector de la Hesse á que entre en el camino de las concesiones capaces de satisfacer los deseos del pais, sin lo cual no deberá contar con apoyo alguno por parte de Austria en caso de que estallen desórdenes en sus Estados.

Es prematura la noticia del reconocimiento del reino de Italia por Prusia. El decreto de reconocimiento que se habia sometido á la firma del rey, ha sido retenido por éste, que no quiere prejuzgar la cuestion de Roma y del Véneto.

El baron Ricasoli ha defendido en la cámara de Turin al comité de *Provelimento* que en su concepto no puede traer peligros al pais, y sostiene el espíritu público. La cámara ha dado un voto de confianza al ministerio.

En la Dieta de Dinamarca, al discutirse el presupuesto de negocios estrangeros declaró el ministro, contestando á una interpelacion de Mr. de Blixen, que si Dinamarca no tiene aún representante cerca del Rey de Italia, es porque se espera el resultado de las negociaciones entabladas sobre el particular con la corte de Berlin.

Ha habido estos dias un fuego en el monte de Benedo (provincia de Santaren), el fuego comenzó en el monte de Camargo y se corrió hasta aquel, distante una legua. Los esfuerzos que se hicieron para dominar el fuego dieron el resultado apetecido, pues se logró extinguirlo en pocas horas. Por el juzgado ordinario se estaba instruyendo el sumario en averiguacion de si el incendio fué casual ó intencionado.

Propietario y Editor responsable.— D. José Morales y Rodriguez.

Imprenta de D. José Morales y Rodriguez, Caballero de Gracia, 15, bajo.